



UN MES.

Madrid... 6
Prov. 3 meses... 20

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid... 60
Provincia... 20

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA CADA CINCO DIAS.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: Un pliego de EL CAPITÁN ARENA, por Alejandro Dumas.—Uno idem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo.—Uno idem y una lámina de la novela PE, ESPERANZA Y CARIDAD, por Flores.—Uno idem de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

COSTUMBRES DE SICILIA Y MALTA.

En el último viage que hice á Sicilia, conocí un personaje singular, que es un diario vivo, una gaceta de escándalo, el cual ha ocupado en mi memoria un lugar distinguido. Se llamaba

Calabresa; su figura era totalmente sicilliana: nariz puntiaguda, barba larga, gran barbigón, D-sonomia bufona y muequera, cuyas variadas confesiones servían de acompañamiento á cada una de sus frases. Aunque era muy ignorante, hablaba mucho, aparentaba ser de buen corazón, complaciente, agudo y de una estremada devoción, dirigida mas bien á la Virgen que á Dios, mas bien á los santos que á la Virgen, mas bien á los frailes que á los santos, y finalmente, mas bien que á todo, á los bayocos (pequeña moneda de cobre), que los viajeros solían ponerle en la mano en compensación de su complaciente officiosidad.

«Caballero, me decía una tarde, Calabresa, favoreciéndome con el título de escolencia, que se aplica indistintamente en aquel país á todo viajero que se presenta con un cierto viso de importancia; estas son las ruinas de una torre de moros. Vd. bien sabe que los musulmanes

ocuparon la Sicilia; aquí es donde se descubrieron huesos de gigantes; aquí mismo, en este pórtico, he desenterrado últimamente dos medallas, una de ellas con la cabeza del Minotouro, y la otra con la cabeza de Isis. Pienso redactar una memoria sobre un descubrimiento tan importante, y dedicarla á la Academia de Palermo, la cual me nombrará seguramente miembro honorario.

«No dudo que la recomendacion de «escolencia me ha de ser muy útil; y si la acompañase con alguna carta para sus individuos, me tendria por mas feliz que el papa.»

No hay cosa tan pesada y repugnante como lo grotesco de ciertas personas, que pretenden embellecer los objetos naturales con sus sándias observaciones y ridiculas bufonadas. Con efecto, me disgustaron al principio las arlequinadas de Calabresa; mas poco á poco me fui acostumbrando á ellas, y como lo habia tomado por mi ci-



Salió del pastel una docena de ratones.

erone, ó lo que es lo mismo, por gala de mis incursiones, quise que me contase la historia de su vida. Calabresa habia sido barbero; cómico, poeta, soldado, músico, y por último ejercía el oficio de cicerone. Cada una de estas profesiones habia dejado en su carácter ciertas marcas peculiares, como se verá en su relacion, que es como sigue:

«Escolencia, yo nací en Girgenti, mi padre era peluquero-barbero, hombre amable, jugador del trictrac, y el factotum de la ciudad. Se habia desposado con una napolitana, la cual le habia traído en dote la benévola proteccion del señor principe de Malatagoni. Al mérito de rapar bien la barba agregaba mi padre el de entender bastante de cuentas y de dibujar un poco.

El principe tenia mucho dinero que gastar y una gran casa de campo bastante desahogada, y como carecia de ocupaciones y era muy débil de mollera para con ebir planes y proyectos, le ocurrió divertirse poniendo en obra una parte de sus delirios, y mi padre le prestó su asistencia y cooperacion. Reunidos los esfuerzos de estos dos entes originales, quedó aquel palacio adornado con todas las bizarrías y singularidades que con tanta risa admiran los viajeros. Aquí se ve un Daco, cuyo vientre lo forma un racimo de uvas; allí un Cupido á caballo sobre un caracol; y qué diremos de aquella famosa botella de mármol de Carrara, que tiene diez y ocho pies de alto? No crea Vd. que mi padre tuviese toda la culpa en estas extravagancias, la imperiosa necesidad de

atender á las exigencias de una numerosa familia, fué causa de su escociva condescendencia por los caprichos del señor principe. Yo era joven y pensaba de un modo muy diferente; el desprecio que manifestaba por tales locuras fué causa de que no se me hubiera concedido el puesto que mi padre ocupaba cerca de la persona del citado principe. Así, pues, cogiendo un poco de ropa y proveyéndome de algunos bayocos, pasé á Roma en busca del empresario Foruáqui, con el cual estaba ya en correspondencia, y que me habia ofrecido admitirme en su compañía cómica. Mis primeros despuntes fueron tan malos, que hubi de renunciar á la carrera dramática. Me alisté entonces en las banderas del papa con el intujo de la sobrína de un cardenal, pero

ciertas hondas intrigas en que quise lanzarme, me obligaron á salir apresuradamente de la Ciudad Santa. Sin embargo, durante mi permanencia en aquella capital, se había despertado en mí un gusto particular por la poesía, y tracé bastante regularmente un soneto. Tomé, pues, el nombre de poeta improvisador, y corrí de pueblo en pueblo por el espacio de cinco años, aplicando á todos el mismo soneto, con alguna que otra alteración de que era capaz mi infatuada e inpropia vena. Esta vida no era productiva, bien saben todos lo poco que se gana en la poesía; volví, pues, á fargenti sin un peso, y habe de limitar todas mis aspiraciones y todas las esperanzas de mi mundana subsistencia, á la generosidad de los nobles viajeros y á mis pequeños conocimientos en el ramo de antigüedades.

Esta relación de Calabria pintaba á lo vivo las costumbres de la moderna Italia. Me divertía en hacerle hablar, y gradualmente me fué desenvolviendo sus teorías mezcladas de anécdotas curiosas.

• «Ustedes no tienen novelas, me decía un día, ni accidentes románticos; vds. no piensan más que en la industria y en el comercio.

«Profundas cuchilladas, bizarras distracciones, cómicas invenciones, aventuras extraordinarias, extravagancias sobrenaturales, esto es lo que forma la vida de los pueblos salvajes ó medio civilizados. Gracias á Dios, el carbón de nuestra civilización rectilínea no ha sido nivelado todavía; nosotros no vivimos como los castores en sus troneras, y las bizarras y extrañas emociones, el arranque de las pasiones, los cuadros pintorescos y la novedad de los colores, no están desterrados del mundo. Cuando todas las calles y todas las ciudades del globo, estén aliñadas de un modo uniforme; cuando esté completo el catastro de la humanidad; cuando el universo no sea más que una gran casa de comercio; cuando se hayan venido abajo los antiguos campanarios de Westminster y las ruinosas casas de Colonia, Aushurgo y Wirtemberg, no sé si los hombres dormirán con mas tranquilidad, y si se aumentará la suma de sus placeres, pero el poeta y el pintor tendrán que renunciar á lo que constituye su vida, que son los primeros elementos del genio y del arte.

«En cuanto á mí, añadió Calabria, en mis largas escuriones por este globo, cuyas latitudes he reconocido en todas direcciones, si he renaido algunos recuerdos que me sirven de divertido entretenimiento, no los debo ni á la sanidad comercial de las costumbres americanas, ni á la atetada severidad de las costumbres escocesas, sino á la Italia dormida, á la España calenturienta, y al Méjico entregado á sus interminables discordias políticas. Me acuerdo todavía de las fiestas religiosas de los salvajes aulladores de los bosques vírgenes de la América del Norte, y de ciertas reuniones maltesas y sicilianas, cuyos personajes y placeres tenían aquella originalidad de carácter que no se olvida jamás, y que se grava indeleblemente en el pensamiento. La Sicilia, en la que nos hallamos ahora, es uno de los países mas notables aun en el día por la originalidad de sus costumbres y acciones. No ha muchos años que un marqués quiso dar una fiesta espléndida para celebrar los esposales de su hermana con un príncipe, cuando habia descubierto que lo habia engañado con las apariencias de una riqueza muy superior á la realidad. ¿Cómo vengarse de este pecado, tanto mas sensible cuanto que la novia habia llevado al matrimonio una dote muy pingüe? ¿Cómo hacer ver al marido que habian sido conocidos los medios artificiosos de que se habia valido para chasquear aquella familia? El marqués, que era un hombre muy original, trató de transformar la comida y el baile en una mágica mistificación, de mal gusto si se quiere, pero de una bizzaria dramática. El palacio del marqués resplandecía por todas partes con la mas viva iluminación; sobre las escaleras habian sido colocados dos órdenes de arroyos en flor; en la primera sala habia una larga hilera de criadas, que se extendía hasta el remate de dicha escalera, vestidos de gran libro con buchas espendidas; los aromas de las flores y de los perfumes circulaban por aquellas bóvedas de mármol. Este encanto tardó poco en desaparecer, y fué sustituido por una mágica ilusión. Al correr el telón, se ocultó

todo aquel lujo y se presentó á la vista de los alonitos espectaiores una lúgubre fantasmagoría, compuesta de personajes grotescos, que recibia nueva vida por las ilusiones de la óptica. A un lado se veía Cupido sentado sobre un cofre mazorril (emblema de la avaricia), el cual le servía de carro; á poca distancia se vela el retrato en caricatura del noble príncipe; llamaba por otra parte la atención una serie de escenas que recordaban el baile de los muertos, y algunas figuras muy estrafas que llevaban barlescamente una semejanza muy viva con ciertos personajes de Palermo. ¡Cuán grande no fué la admiración y el susto de los mógeros, y la indignación y la cólera de ciertos maridos que se veían retratados con alusiones de tanta mofa y escarnio! Se corrió el telón, y la bóveda apareció iluminada de nuevo. Hubo otro cambio de decoración. Una luz azulada se apareció á lo lejos. Algunas gasas transparentes dejaban percibir una perspectiva aérea de grupos nebulosos que se habian tomado prestados del baile de la ópera de Palermo. Una turba de amorillos en toda su clásica desnudez recordaba las fantasías mas graciosas de la mitología pagana. Un ejército de ninfas salía á recibir á la desposada; un carro cubierto de flores entrelazadas con pámpanos, estaba destinado para llevarla en triunfo. Ella se adelantaba, escoltada por una gran comitiva de bailarinas y de angelicales niños, que iba derramando rosas por la escena. Abrese el baile en el gran salon bajo auspicios tan risueños. Unos gastos de tan magnífica extravagancia, no podian menos de absorber las rentas de muchos años del marqués.

«El teatro del baile estaba perfectamente iluminado, sin que se viese ninguna buja, porque ocultas todas ellas en el interior de las columnas de cristal que sostenian el cielo raso, derramaban una mágica luz sobre los grupos danzantes. De repente, como si el mistificador hubiera querido que á la encantadora ilusión sucediese la triste realidad, y á las mas animadas escenas los espectáculos mas horribos, hundiéndose el suelo á una señal dada y en medio de los discordantes y atromolores sonidos que parlían de los instrumentos de cobre y de percusión, fueron bajando por escotillon todos los bailarinas á una cueva oscura, en donde se veían figuradas las fragatas de Vulcano, hendiendo el aire con los pesados golpes del martillo, que lo manejaban los bronceados ciclopes, los cuales así mismo hacían dar gemidos á los gigantescos fuelles, apareciendo el marido de Venus, atleta diórfome, símbolo miserable de los infortunios de himeneo, aferrando las ardientes tenazas con sus nervudas manos.

«La intención del marqués era bien conocida, las mugeres asustadas daban grandes chillidos; los maridos y los amantes se irritaron con unas chanzas tan delectables; pero como todas las puertas estaban cerradas, fué preciso sufrir con resignación tan duras pruebas. A los pocas minutos se cambió totalmente la escena, habiéndose hecho de repente una nueva transformación de un carácter consolador y pacífico, que restab ecio la calma y dispó el disgusto de los convidados.

«Eclipsanse los compañeros de Vulcano. Ese mismo dios de la fragua desaparece; va asomándose el sol al horizonte, y aquella sala subterránea con todos los que se hallaban en ella, son trasportados suavemente á una galería superior, sombreada por aquellas hermosas viñas sicilianas, cuyos pámpanos sirven de trasparente cortinaje, y que son iluminados á un tiempo por vistosas arañas y reverberos, y por la suave claridad del astro nocturno.

«Se sirvió una comida espléndida y elegante. Ya se perdonaba al convulante el capricho de aquellas transformaciones, y los injuriosos epigramas con que las habia acompañado. Manjares raros y esquisitos lisonjaban los sentidos de los convidados, y ya la sonrisa volvía á asumarse á sus labios y la alegría á sus semblantes, especialmente cuando se dió la señal de asaltar aquellos sibaríticos castillos; pero ¡oh nuevos motivos de asombro!

«Al hacerse la primera incision con el cuchillo sobre un soberbio torreon de pastelería dió un estallido muy parecido á la detonacion de una pistola, sin que en sus entrañas se hubiera encontrado sustancia alguna. Una gelatina, cuyo her-

moso color habia escitado el apetito y aun la admiración general, se incendió y se consumió totalmente desde el momento en que se la aplicó la cuchara para partirla.

«Una señorita que estaba muy complacida con tales chascos, y que aparentaba estar muy prevenida contra todos ellos, cogió un melocoton que tenia el aspecto mas hermoso y seductor; pero apenas lo habia abierto, cuando salió de su hueco recinto aquel reptil inocente que ha conservado el derecho de espantar á las mugeres, un lagarto.

«En el medio de la mesa habia un gran pastel, el cual parecia á lo lejos un olor delicioso, que era el mejor garante de su realidad; mas apenas hubo sido levantada su cubierta, salió una docena de ratones que habian sido encerrados en este sitio tan extraño, y se escaparon por enjame de los convidados.

«Seria muy difusa la enumeracion de tantas sutilezas de magia blanca que el amo de la casa habia inventado para dar mortales chascos á los convidados, la mayor parte de las aves, que parecían perfectamente preparadas con ricas salsas, apenas sentían la punta del cachillo en sus sensibles flancos, daban un débil grito, y empezaban á sacudirse y á saltar sobre la mesa, agitando y extendiendo sus alas, y derramando sobre los convidados la grasienta costra que les habia servido de coraza. Para mantener aquellas aves en el estado de estopor, se les habia administrado algun narcótico; y con unos ligeros ligamentos habian sido aseguradas al plato para representar mejor su papel.

«A esta comedia de ilusión sucedió otra verdadera, que indemnizó en gran parte á los convidados de los primeros chascos, pero sin que pudiesen olvidar las manchas que habian recibido en sus ricos trages con el salpicamiento de las aves en el acto de su resurreccion. No paró en esto solo la mistificación, porque habiendo principiado las ilusiones de la óptica, que con tanta facilidad saben crear monstruos espantosos y risueños encantos, hubo un momento en que todas las mugeres aparecieron de color cadavérico; otro en el que cada una de ellas apareció adornada de una corona y de un ramo de magníficas flores.

«Un teatro que se elevó como por brujería en medio del jardin, dió á los convidados muchas representaciones vistosas, en las que unos lieres grotescos parodiaban los actos secretos y los ocultos vicios de los principales personajes de Palermo.

«Las estrepitosas carcajadas de risa que promovian estas caricaturas, llevaron en su acompañamiento furiosas imprecaciones y desalogos de la mas viva irritación; muchos de los concurrentes hallaron allí sus retratos, y lo tomaron por insulto.

«El resultado del miedo caprichoso y desaliñado con que quiso el marqués vengarse de su cuñado, no solo dejó comprometido su patrimonio, sino que terminó de un modo trágico para él mismo. Ofendida la noble palermítana con las alegorias nocturnas tan directamente insultantes, envió al citado marqués doce carteles de desafío, á los cuales no podia negarse sin caer en el mayor descrédito y desprecio; pero asumió al tercer antagonista, con el cual se atrevió á medir sus armas.

«Estas fantasías y extravagancias decia Calabria; abundan mas en los climas calientes que en los del Norte. Malta es muy parecida á la Sicilia, y solo los esfuerzos de la dominacion Inglesa han podido quitarle una parte de su carácter especial. ¡Cuán triste habia de parecer en el día la ciudad de la Valca, á aquellos bravos caballeros, si les fuera permitido salir de sus tumbas!

«Ya no se ven mas desafíos ni estocadas; ya no hay mas raptos, ni enredadas intrigas amorosas, ni triunfos galantes, ni serenatas acompañadas del centello de las espadas. Estas bizarrías han sido reemplazadas por un orden uniforme y constante.

«En aquella época feliz, la historia de cada familia era una novela. Un día de Malta hubiera suministrado materiales para diez dramas. Caprichos, fantasías, afición á lo maravilloso, espíritu de aventuras, todas las pasiones fermentaban á un tiempo, é imprimían en aquella población

un sello especial que en vano se habría podido hallar en ninguna otra parte. Permítame su excelencia que le refiera algunas anécdotas para justificar mi opinión.

«En maltes, llamado Cambó, juez muy apreciado por su probidad y rigidez en todas sus providencias, reunía á estas cualidades la de ser muy laborioso, y la de levantarse con la alborá para estudiar las fórmulas legales, por las que profesaba un respeto que rayaba en superstición. Usted sabrá sin duda que las casas de la ciudad de la Valeta tienen todas grandes balcones con toldo y cortinaje, por detrás de los cuales se observa sin ser visto todo lo que pasa en la calle.

(Se concluirá.)

LA VISPERA DE SAN JUAN.

(Conclusion.)

Rosa hizo un movimiento como para implorar la gracia de su hermano; pero la mirada que este la lanzó fué tan cruel é imperiosa, que la dejó como aturrida y sin acción para hablar. Volviendo entonces los ojos hacia la escena fúnebre, se encontraron con los del desventurado René, que parecía le decían: ¡sálvame de este conflicto!

El corazón de esta pobre jóven recibió el ataque mas cruel.

Se desprendió una lágrima de sus párpados, y desde el mismo sitio del soplicio vió René el pañuelo blanco con que se enfugaba. Ya desde entonces conoció que no había esperanza para él.

A poco rato se oyeron voces confusas que anunciaban á la ilustre asamblea que ya el verdugo había consumado el sacrificio.

Lanzaron con ese motivo algunos sarcasmos los señores que se hallaban en el castillo; la anciana baronesa afirmó que era menester una mano de hierro para contener la insolencia de estos villanos; las señoritas, por insólito de curiosidad, corrieron á las ventanas á ver lo que pasaba, y á esto se redujo la gloria de aquel suplicio.

La afligida Rosa, que temía sin duda la cólera de su madre, encerró su dolor en lo mas profundo de su corazón; las demas muchachas volvieron al instante á hacer la rueda á la baronesa, á cuya fisonomía se asomaron rápidamente sus propios atributos de gravedad é impasibilidad. Los caballeros entablaron de nuevo sus discursos galantes. Alfonso y su hermosa novia continuaron su conversacion sentimental, y todos olvidaron muy pronto de que á pocos pasos de distancia acababa un hombre de ser sacrificado al orgullo patrio. La conversacion, que habia sido al principio muy calma y reservada, tomó luego el carácter mas ruidoso y de mayor jovialidad. Después que cada uno de los caballeros hubo terminado la pomposa relacion de sus ilustres proezas en la Tierra Santa, y de las brillantes aventuras de que habia sido actor ó testigo en el curso de la última cruzada, volvieron las damas á entablar su favorito tema de la galantería y del amor. Todos los caballeros se dedicaron entonces á escuchar con la humildad de verdaderos esclavos los oráculos que salían de la boca de sus celestiales amantes. Cuando se hubo concluido la discusion de tantos y tan varios discursos, propuso Alfonso para entreteuer el tiempo, el simulacro de un torneo en la gran explanada frente á su palacio. Todos aceptaron con alegría, y salieron de palacio con las mas altas esperanzas de hacer ver cada cual á su dama su destreza y esfuerzo. Quedaron las señoritas solas, y fué aquel el momento de principiar una estrepitosa algarabía, hablando todas á un tiempo, ensalzando cada una el objeto de su predileccion, y estendiéndose sobre la felicidad que las resultaría de estar casadas con tan nobles y denodados caballeros.

—La mas orgullosa y la mas afortunada de todas lo será innegablemente la esposa del poderoso baron de Castellane, dijo enfáticamente la bella Ermengarda.

La madre de Alfonso oyó con el mayor agrado

los elevados conceptos de su nuera, pero observando que las demas señoritas habian manifestado cierto desprecio, replicó:

—Mi hijo es valiente y cortés, como corresponde á todo caballero; pero los señores que están en su compañía no lo son menos que él, y en cuanto á mí, añadió con una ligera sonrisa, si yo me hallase en estado de casarme, tendria á mucho honor llevar el nombre de cualquiera de ellos.

Estas pocas palabras restablecieron la serenidad y el contento. Todas corrieron á las ventanas para presenciar el torneo, y los jóvenes caballeros saludaron la aparicion de sus damas, agitando en el aire sus cascos y sus lanzas, y en seguida principiaron su noble ejercicio.

Después de haber fijado por algun rato su atencion en aquella parada guerrera, se disponian las señoritas á empezar de nuevo su conversacion predilecta; pero la prudente castellana, que temía se suscitásen nuevas rivalidades, las interrumpió fijando su atencion con este extraño apóstrofe:

—¿Gusta alguna de estas nobles señoritas saber de un modo seguro y positivo el caballero que debe ser un día su amante y señor?

Todas se miraron con sorpresa, y la castellana prosiguió:

—Para ello hay un medio infalible: ¿quieren ustedes que se lo diga?

—Si, si, contestaron todas ellas á un tiempo; quiséramos saber qué medio es ese.

—Consiste en ciertas prácticas, repuso la baronesa con un aire misterioso; pero estas prácticas nada tienen que ver con la magia ni con la hechicería, ¡Dios me libre! antes bien están colocadas bajo la invocacion del gran santo, cuya fiesta vamos á celebrar mañana.

Este pequeño preámbulo picó vivamente la curiosidad de aquellas señoras; todas se acomodaron al rededor de la baronesa, la cual prosiguió á media voz mientras que todas guardaban el mas profundo silencio:

—La que quiera conocer al esposo que el cielo le tiene destinado, deberá esta noche, que es la víspera de San Juan, después de dirigir las oraciones de costumbre á Dios y á la Virgen María, invocar con fervor la proteccion del que ha venido á anunciar el Mesías á los hombres, y luego al acostarse, colocará á los pies de su cama un espejo que tenga sobrepuesto un ramo de boj; si cumple fielmente con estas condiciones, puede estar segura de que verá durante su sueño reflejada la imagen de su esposo en dicho espejo.

Este impresionable auditorio dejó aparecer ciertos signos de suso y de temor al concluir la castellana el anuncio de su misterioso enigma.

—Para tranquilizar el ánimo de vds., y para que depongan toda aprension, añadió la baronesa, diré á vds. que yo hice en mis tiempos ese experimento, y que vi en el espejo el retrato exacto de mi difunto esposo y señor, del cual no tengo entonces la mas remota idea. Por lo demas, este prodigio se explica con la poderosa mediacion del precursor de Jesucristo, y yo jamás me habria mezclado en la que pudiera contrariar nuestros deberes para con Dios.

Estas últimas palabras calmaron las timoratas conciencias de aquellas señoritas, y todas se propusieron hacer la terrible prueba del espejo, prometiendo comunicarse reciprocamente su resultado.

Llegó por fin la noche; ya la campana del castillo habia dado los toques para recogerse; cada cual se habia retirado al aposento que le estaba destinado. Habia cesado todo ruido; se habian apagado todas las lucas: un triste silencio reinaba en el castillo y fuera de él. Todos dormían, tan solo en una de las ventanas de aquella sombría mansion, se dibujaba la pálida claridad de la luna una sombra blanca é inmóvil, y esta era la amable Rosa. Sus miradas se fijaban ligéramente sobre cierto bulto negro, mecido por el viento de la noche, y era el cadáver de René Sabina. Hacía mucho tiempo que Rosa estaba absorta en esta cruel contemplacion, cuando vió de repente que un peregrino pobremente vestido, se escurría furtivamente arrimado á los muros de aquel castillo, y que al llegar á uno de los torreones se sentó con mucho trabajo después de haber depositado en el

suelo unas alforjas muy pesadas. Luego después cantó con voz apagada y dolorosa el siguiente romance.

«¡Pobre leproso! mi alma desconoce toda idea de felicidad; vivo en medio de penas y tristezas; la esperanza me ha abandonado para siempre. Todos huyen á mi aspecto; á todos inspiro horror; ¡pobre leproso! todos están sordos á mis quejas, y ya no hay dicha para mí.

«Digo á veces, oculto en la montaña, discursos amorosos y dulces juramentos. Yo soy el único desgraciado que no tengo una compañera que venga á endulzar mis tormentos. ¿Qué encantos puedo prometerme de la vida? Este mundo es un desierto para mí. ¡Pobre leproso! Lloremos, ya que no hay otro consuelo.»

Cesó el canto; Rosa quedó absorta en una profunda meditacion; los tristes acentos del leproso habian resonado dolorosamente en el fondo de su alma. La levitilla parecia compuesta exclusivamente para ella; en ella estaban pintados sus padecimientos y simpatías. ¿No era ella la que podía decir con verdad que todo era un desierto á sus alrededores?

¿No era su destino el mismo que acababa de referir el leproso.

Rosa se quitó del cuello una gran cadena de oro, que era su única riqueza, la arrojó á los pies del peregrino, y desapareció de la ventana. Le vino entonces á la memoria lo que su madre habia dicho sobre el modo de conocer al futuro esposo, y sin mas reflexion, procedió á hacer maquinalmente lo que habia indicado. Después de haber dirigido sus oraciones á Dios y á la Virgen María, y de haber rogado asimismo por el alma de su padre, invocó con fervor la proteccion de San Juan Bautista; colocó en seguida su espejo á los pies de la cama, fijando en su romate un ramo de boj, y se acostó.

En la madrugada del día siguiente, en tanto que los señores se entregaban al ejercicio de las armas, todas las señoritas reunidas al rededor de la castellana, empezaron á referir cada una por su turno la relacion de lo que habian visto en el espejo mágico. Seguió ellas, el espejo no habia reflejado sino la imagen de hermosos caballeros, y la del mismo Adonis habia sido vista por muchas, y cada una de ellas profundiamente valer sus derechos con detrimento de su rival; pero como la anciana baronesa hubiese declarado que en tales casos era preciso que se repitiese el ensayo por tres noches consecutivas, quedó diferida la resolucion de esta gran controversia.

Ermengarda, que habia sido preguntada la primera, dijo que apenas se habia dormido cuando se la apareció Alfonso, su esposo, montado en un caballo blanco, vestido con su armadura mas rica, y llevando flotante sobre su casco un penacho encarnado, y en la mano una brillante daga, que blandía furiosamente contra un enemigo invisible. Una coraza de oro brillante asimismo sobre su pecho, pero se veía en el medio una gran mancha de sangre, la que Ermengarda no habia podido quitar por mas esfuerzos que habia hecho.

Esta relacion no dejó de producir en la madre de Alfonso un siniestro presentimiento; pero obligada á afectar serenidad al ver las lágrimas de la hermosa Ermengarda, trató de subyugar este primer movimiento, y explicó el sueño en un sentido favorable.

—Y tú, señorita, dijo la baronesa á Rosa, que estaba sentada tristemente á alguna distancia, ¿qué se te ha aparecido en el espejo?

En aquel momento en que fijó la vista sobre su pobre hija, observó que tenía una palidez mortal en sus mejillas, y una fisonomía demudada y abatida; así que, adoptando contra su costumbre un tono tierno y afectuoso, volvió á preguntarle si habia tenido malos sueños, porque al verla tan descompuesta, se creeria que hubiera visto al hombre de la horca. Esta mofa tan cruel é inhumana hizo estremecer á Rosa, y percibido por su madre este involuntario movimiento, añadió con seriedad:

—Pero á lo menos tendrás la bondad de decirnos lo que has visto.

—En verdad... que yo no sé... contestó Rosa en voz muy baja.

—Pues bien, ya que tú no quieres hablar, yo te lo mando.

—Señora, lo que yo he visto es una cosa tan rara y extravagante... Por caridad... no me atrevo á decirlo en público.

—Si no hay mas que eso, dímelo á mi sola en voz baja, replicó la baronesa acercándose á su hija para recoger sus palabras.

A medida que Rosa hablaba, se ponía pálida su madre, y descubría en su semblante las señales mas evidentes de una viva emoci6n.

—Con efecto que es cosa bien rara, exclamó la baronesa, pero como si se hubiese arrepentido de aquel primer impulso de interés, añadió: tu eres una tontuela, solo á ti pueden aparecerse tales visiones. Podrán vds. creer, señoritas, dijo volviéndose á todas las que formaban aquel círculo, que mi hija Rosa ha visto en el espejo á la muerte, que le indicaba con su dedo descarnado un ataúd vacío y abierto?

Todas aquellas señoras prorumpieron á un tiempo, llenas de susto y espanto, en la siguiente exclamacion:

—¡La novia de la muerte!

Habiendo sucedido á estas palabras lóbregue estupor, Rosa se sonrió de un modo muy amargo, y se retiró silenciosamente.

A los tres meses se verificaron las bodas del ilustre baron Alfonso de Castellane con la hermosa Ermengarda. Aquel castillo estaba convertido en una mansion de placeres y delicias, sin que se hubiera tenido recuerdo alguno ni miramiento por la novia de la muerte, por la infeliz Rosa, que yacia ya al lado de su padre en el fúnebre pante6n de su familia.

No tardaron mucho en seguirla á la tumba los afortunados esposos y la baronesa madre, y fué considerado este triste desenlace como un castigo del cielo por los altaneros modales, insultante orgullo é injusto proceder de estos dos últimos gefes de la familia de los Castellanes.

UNA LECCION POR MUCHAS.

Un jóven de un carácter dulce y afables modales, viajaba hace algunos años en una diligencia. Habia entrado desde muy jóven en la carrera de las armas, y todo su exterior anunciaba que habia recibido una excelente educacion, pero tenia un defecto muy comun y muy absurdo, para ser disculpado por un hombre sensato. No podia pronunciar una palabra sin echar un juramento.

Mientras que mudaban caballos, un viajero que se hallaba sentado á su lado le cogió por el brazo y le suplicó que diese con él un paseito. Cuando estuvieron algo lejos para que nadie los oyese, el viajero le dijo:

—Aunque no tengo el honor de ser conocido de vd., me ha sido fácil notar que sus sentimientos son los de un hombre bien educado, y que nada debe ser mas contrario á sus inclinaciones que causar disgusto ó molestia á ninguno de sus compañeros de viaje.

El jóven oficial se estremeció y replicó:

—Me ha juzgado vd. exactamente, caballero, y espero no haber ofendido á nadie.

—Permitirá vd., replicó su interlocutor, que le cite una ocasion en que vd. tiene que echarse en cara este defecto?

—Se lo agradeceré á vd. mucho, caballero, y lo miraré como una prueba de su amistad, porque á la verdad, no puedo caer en la falta que le cometido.

—Si vd. tuviese un amigo á quien quisiese usted mucho, confió el viajero, y le hubiese colmado de beneficios, ¿no le incomodaria á usted verle tratar con desprecio, y aun oír á cada instante repetir su nombre con un tono de ligereza que no conviniese de ninguna manera á las consideraciones debidas á su persona?

—Sin duda, y no toleraria que se obrase así en presencia mia; pero creo que ninguno de los amigos de vd. puede acusarme de haber faltado con él á las reglas de la buena crianza.

—Caballero, mi Dios es mi mejor amigo, y le debo un reconocimiento infinito; vd. debe recordar que desde el principio de su viaje ha tomado su nombre frecuentemente en vano, lo que me ha causado el mas vivo disgusto.

—Es cierto, respondió el jóven oficial con un noble candor; convengo en mi falta, y me aver-

güenzo de una costumbre que no tiene excusa; la he contraido sin notario, y me sucede muchas veces que juro sin saber lo que hago. Traiaré de corregirme en lo sucesivo, y como vd. está sentado á mi lado en el carruaje, le ruego tenga la bondad de tocarme con el codo cuantas veces se me escape un juramento.

Convenidos así, volvieron á subir los viajeros á la diligencia. Durante el espacio de cinco millas, apenas pasaban algunos minutos sin que el vecino tocase con el codo al oficial. Este se avergonzaba, pero no daba la menor señal de descontento, y despues de haber recorrido algunas leguas mas del camino, no se le volvió á oír otro juramento en su boca durante todo el resto del camino.

MISCELANEA.

EL GUANO DE LAS ISLAS DE CHINCHA, Y LOS PAZAROS QUE LE PRODUCEN.—Mr. Raimondi, profesor de historia natural de la facultad de medicina de Lima, ha publicado recientemente una entiosa memoria sobre este asunto. El guano, este precioso abono que es actualmente el objeto de un importante comercio entre la América y la Europa, era empleado por los peruvianos para fecundar sus tierras desde los mas remotos siglos. En tiempo de los Incas, se tenia tanto cuidado en la conservacion de las aves marinas, cuyos excrementos constituyen el guano, que estaba prohibido bajo pena de muerte, penetrar durante la estacion en que crian en los desiertos islotes donde se reúnen en innumerables bandadas. Estaba prohibido, bajo la misma pena, matarlas cuando se las encontraba fuera de esas islas. En las islas de Chincha son tan abundantes los depósitos de guano, que tienen en ciertos sitios mas de 30 metros de espesor. Esta circunstancia ha hecho pensar á monsenres Girardin y Bichard, que el guano es de formacion antediluviana, y que ha sido producido por las deposiciones acumuladas por espacio de siglos, de especies de aves perdidas hoy. Monsieur Raimondi demuestra, por el contrario, que el guano es de formacion reciente. Los cuerpos de focas enterradas entre las capas de guano, son idénticos, segun sus observaciones, á las especies de focas que subsisten todavia en aquellas regiones. Además, vasijas de barro y pedazos de maderas groseramente trabajados, se han descubierto entre las mismas capas de guano, y revelan la existencia del hombre. Mr. Raimondi ha estudiado, durante una raiasion de muchas semanas en las islas de Chincha, los caracteres zoológicos de las aves que producen el guano; ha hecho ver que esos caracteres se hallan exactamente en los restos de animales que se han descubierto entre las capas de guano. Especies muy curiosas, los *spheniscus* y los *psittinarias*, que se podrian llamar *aves subterráneas*, viven en agojeros que escavan en el guano, á la profundidad de 30 á 50 centímetros, y tienen minado el suelo de tal modo, que á cada paso se le ve hundirse bajo los pies. Las *psittinarias* son las que, segun Mr. Raimondi, producen la mayor cantidad de guano.

EL DESOCCO.—Un caballero muy amable se habia vengado por un epigrama un poco duro de la infidelidad de una linda jóven. Esta le escribió inmediatamente para pedirle perdon de sus culpas, suplicarle desistiese todas las huellas de su venganza, y comprometerle á ir á su casa á una hora indicada para sellar una sincera reconciliacion. El caballero conocia demasiado bien á las mugeres para ir sin desconfianza á la cita; se previno con dos pistolas. Apenas habian comenzado las primeras explicaciones, cuando llegaron cuatro mocetones; lo agarraron, lo tumbaron sobre una cama, lo desnudaron cuanto fué necesario para ejecutar su desiguito, y le administraron cincuenta azotes con varas por mandato y á la vista de la señora. Terminada la ejecucion, el caballero se levanta fríamente, se ataca los calzones, y dirigiéndose á los espada-chines, que la vista de sus pistolas de dos tiros hizo temblar:

—No habeis concluido todavia vuestra tarea,

les dijo, la señora debe quedar satisfecha; ahora me toca á mí; os salto la tapa de los sesos á los cuatro si no le devolveis al momento los cuatro lo que acabo de recibir.

Dada esta órden con tono firme y resuelto, fué ejecutada sin consideracion á las lágrimas de la bella. Pero no fué todo esto; el caballero quiso que los ejecutores se suelcen actor de venganza se diesen mutuamente igual castigo, y despues, despidiéndose:

—Adios, señora, dijo, nada le impide á usted el hacer pública esta aventura: yo seré el primero en regalar con ella el oido de los ociosos...

Preténdese que la señora se puso de rodillas, y le conjuró á que guardase el secreto; que comó en su casa, y que por último la escena se prolongó muy entrada la noche, terminándose mucho mas alegremente que habia comenzado.

UN EPITAFIO LIMITADO.—Sábese que unos nichos de los cementerios se suelen dar por un termino de años, y otros á perpetuidad. Habian tomado un nicho por seis años para enterrar en él á un caballero, y su heredero trató de poner en él un epitafio.

—Caballero, yo desearia poder colocar sobre la lápida de mi tio esta inscripcion: «Fué buen esposo, buen padre y buen amigo.»

—No hay inconveniente en que haga vd. e elogio de un pariente que ama.

—Por último, lo termino con estas palabras: «Deja á su sobrino un pesar eterno.»

—Perdone vd., señor mio, vd. no puede poner velerno.»

—¿Por qué?

—Porque la concesion del nicho no es perpétua.

LOGOGRIFO.



SOLUCION DEL LOGOGRIFO INSERTO EN EL N.º 6

La vanidad es la gloria de las almas pequeñas.